

# **¿Cómo puedo enamorarme de este jardín?**

d'Andrés García Vidal i Mercedes Pimiento

A cura de Blanca del Río i Jose Iglesias García-Arenal

*¿Cómo puedo enamorarme de este jardín?* es una exposición que se llevó a cabo en FASE del 19 de noviembre de 2022 al 21 de enero de 2023 y que reunió los trabajos de lxs artistas Andrés García Vidal y Mercedes Pimiento en torno a la gestión del agua en dos contextos muy concretos, en el pueblo pacense de Hornachos (Badajoz) y en L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona). Esta exposición, comisariada por Jose Iglesias García-Arenal y Blanca del Río, también reflexiona acerca de los procesos de migración acontecidos en estos dos lugares y sobre la transformación de estos paisajes, considerados históricamente como “periféricos”.

*¿Cómo puedo enamorarme de este jardín?* es un proyecto que se ha llevado a cabo en colaboración con MAL, una plataforma curatorial independiente situada en los Santos de Maimona (Badajoz) y se inscribe en una de las líneas de trabajo que FASE lleva desarrollando desde sus inicios: experiencias colaborativas con otros espacios que aunque situados en contextos muy diferentes, son afines a él.

**FASE** es un lugar de trabajo, reunión y encuentro para artistas, comisarias, investigadoras y, también, para todas aquellas personas cuyo trabajo está relacionado con las prácticas artísticas y el pensamiento contemporáneo. Este espacio nació en 2018 con el deseo de reunir a agentes culturales que quisieran buscar otras posibilidades de crecimiento y desarrollo ante la escasez de propuestas independientes y sostenibles para la práctica artística. FASE está situado en el Hospitalet de Llobregat, donde desarrolla proyectos de mediación y educación en alianza con colectivos de proximidad. También cuenta con una programación propia de actividades y exposiciones.

**MAL** es una plataforma curatorial desde donde realizar proyectos de investigación y creación; un órgano abierto para colaborar con artistas y otros agentes culturales. Intermitente, con interés en procesos de largo recorrido y sin ajustarse a campos cerrados de trabajo y conocimiento, la plataforma realiza actividades como exposiciones, programas de residencias, programas de investigación o encuentros en línea. Actualmente con sede en Casa MAL, en el pueblo pacense de Los Santos de Maimona, MAL es un proyecto dirigido por Jose Iglesias García-Arenal.

*¿Cómo puedo enamorarme de este jardín?* és una exposició que es va dur a terme a FASE del 19 de novembre de 2022 al 21 de gener de 2023 i que va reunir els treballs de les artistes Andrés García Vidal i Mercedes Pimiento entorn de la gestió de l'aigua en dos contextos molt concrets, al poble de Hornachos (Badajoz) i a l'Hospitalet de Llobregat (Barcelona). Aquesta exposició, comissariada per Jose Iglesias García-Arenal i Blanca del Río, també reflexiona sobre els processos de migració esdevinguts en aquests dos llocs i sobre la transformació d'aquests paisatges, considerats històricament com a “perifèrics”.

*¿Cómo puedo enamorarme de este jardín?* és un projecte que s'ha dut a terme en col·laboració amb MAL, una plataforma curatorial independent situada a Los Santos de Maimona (Badajoz) i s'inscriu en una de les línies de treball que FASE porta desenvolupant des dels seus inicios: experiències col·laboratives amb altres espais que encara que situats en contextos molt diferents, són afins a ell.

**FASE** és un lloc de treball, reunió i trobada per a artistes, comissàries, investigadors i, també, per a totes aquelles persones el treball de les quals està relacionat amb les pràctiques artístiques i el pensament contemporani. Aquest espai va néixer en 2018 amb el desig de reunir agents culturals que volguessin buscar altres possibilitats de creixement i desenvolupament davant l'escassetat de propostes independents i sostenibles per a la pràctica artística. FASE està situat a l'Hospitalet de Llobregat, on desenvolupa projectes de mediació i educació en aliança amb col·lectius de proximitat. També compta amb una programació pròpia d'activitats i exposicions.

**MAL** és una plataforma curatorial des d'on dur a terme projectes de recerca i creació; un òrgan obert per a col·laborar amb artistes i altres agents culturals. Intermitent, amb interès en processos de llarg recorregut i sense ajustar-se a camps tancats de treball i coneixement, la plataforma realitza activitats com a exposicions, programes de residències, programes de recerca o trobades en línia. Actualment amb seu a Casa MAL, al poble de Los Santos de Maimona, MAL és un projecte dirigit per Jose Iglesias García-Arenal.



Vista general de l'exposició *¿Cómo puedo enamorarme de este jardín?*, (2022-2023)  
Vista general de la exposición *¿Cómo puedo enamorarme de este jardín?*, (2022-2023)

# Túnel de estrellas

Un proyecto de / Un proyecto de Andrés García Vidal

Textos: Jose Iglesias García-Arenal

El proyecto de Andrés García Vidal es una videoinstalación conformada por dos piezas de video (*Who belongs here* y *Túnel de estrellas*) y una de audio (*Túnel de estrellas, conversaciones*) que ha estado desarrollando en durante los últimos años (2019-2022) en el pueblo pacense de Hornachos. Este proyecto reflexiona acerca de la memoria musulmana del sur de la Península, la expulsión de la población morisca y sus implicaciones en el diseño del mundo rural contemporáneo, siguiendo la huella sonora dejada en sistemas de regadío y en la tradición oral.

## El entorno de Hornachos

Hornachos, una pequeña villa en el sureste de la provincia de Badajoz. Conquistada por Fernando III en 1235 pero protegida a los pies de una sierra, fue hasta comienzos del s. XVII un reducto para la población musulmana de la zona, que, cultivando sus huertas y construyendo sistemas de regadío, dejaron una importante huella que se mantiene viva a pesar de la sombra de su alcázar derruido.

La convivencia -tensa y compleja- entre las comunidades moras y el poder cristiano tuvo un radical momento de inflexión en 1502, cuando los Reyes Católicos decretaron que les mudéjares (musulmanes que vivían en los reinos conquistados por el ejército cristiano) debían elegir entre el destierro o el bautismo, es decir: abandonarlo todo o convertirse en moriscos.

Durante el siguiente siglo, la tensión solo aumentó en Hornachos, como en tantos otros lugares donde hasta ese momento la población musulmana podía vivir sin ocultarse. A los bautismos forzados les seguían baños en el Desbautizadero a las afueras del pueblo, ritos y gestos que trataban de convivir con la imposición católica. Pero intereses económicos y la aceleración de una incipiente necropolítica basada en una primitiva noción de raza llevó a que el 16 de enero de 1610 Felipe III emitiera un bando en el que declaraba la inmediata expulsión de la población morisca. Obligó a que aproximadamente

3.000 moriscos -más de la mitad de les habitantes de la villa- abandonasen Hornachos a finales de enero. Se dirigieron a Sevilla y desde ahí la mayoría se embarcó rumbo a la costa atlántica de Marruecos. Durante la travesía mantuvieron un fuerte sentimiento de comunidad que les llevó a fundar la República de Salé, una ciudad corsaria independiente desde donde navegaron y asaltaron barcos españoles, ingleses u holandeses, desde el Caribe hasta las costas islandesas. Pero esa es otra larga y fascinante historia.

Hornachos no perdió toda su población morisca, aproximadamente un cuarto de ella permaneció en la ciudad y se integró, ocultó, confundió con el cuerpo colectivo cristiano. Aún así, la desaparición de gran parte de sus habitantes hizo que la economía del pueblo cayese sin manos suficientes para cuidar las huertas y mantener el sistema de pozos, acequias y albercas que recogía el agua de la montaña. Las infraestructuras siguen funcionando, el agua corre, cada vez más lenta por la salvaje sequía y el aumento de pozos para piscinas y cultivo de olivos intensivos, pero todavía alimenta a las ranas y riega los naranjos, limoneros, higueras y granados.

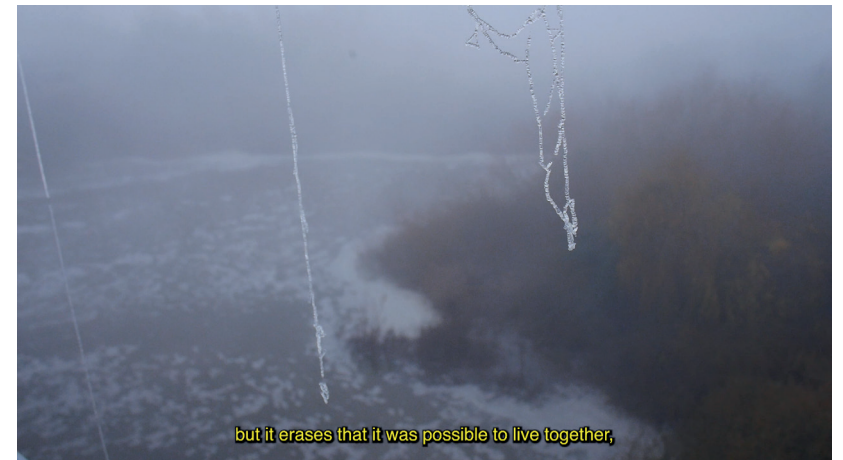
Esta huella y sus ecos sonoros es a lo que Andrés García Vidal ha estado prestando atención durante los últimos tres años. Invitado inicialmente por la plataforma MAL -desde el también pacense pueblo de Los Santos de Maimona- para realizar un proyecto dentro de la línea de investigación “Desertificación cultural”, García Vidal ha estado indagando, a través de paisajes sonoros y conversaciones, en el rastro de aquella expulsión de hace 4 siglos, que tanto resuena ahora con la violencia que las políticas neoliberales de herencia colonial están provocando en las “urbanidades difusas” del suroeste de la Península: desindustrialización, cultivos intensivos, la neocolonización energética de las energías “verdes” y el epistemicidio que anula formas de vida no metropolitanas. Las consecuencias climáticas de siglos de extractivismo y desposesión se encuentra en los *qanawat* (canales subterráneos) de Hornachos con los ecos de insectos y anfibios, con los fantasmas de quienes fueron expulsados y quienes fueron forzados a negar su identidad, con otras generaciones que en otros momentos de nuestra historia tuvieron que esconderse también bajo tierra para escapar del fascismo que subía desde las colonias españolas del Riff, y con el fantasma del miedo al futuro, a qué será de esta tierra, a cómo recibir la herencia de su memoria.



8



9



Imatges del vídeo *Who belongs here* (2022), Andrés García Vidal  
 Imágenes del vídeo *Who belongs here* (2022), Andrés García Vidal



1

¿Cómo puedo enamorarme de este jardín? De este riachuelo devorado por zarzas, de este muro caído de roca, de esta maleza seca y enmarañada que oculta los senderos. El olor tentadoramente amargo de la fruta caída, oscura ya y revoloteada de insectos que la gozan en el suelo. Limones, naranjas, granadas, higos asalvajados. ¿Cómo enamorarme de la tierra olvidada? Del dolor que no se quiere mirar a la cara; de la sombra de la fábrica, de la ciudad, del extrarradio; de un agujero del tamaño de mi abuela, de una casa cubierta de polvo, de un marco dorado en el que no me reconozco y de símbolos que me han enseñado a despreciar. ¿Cómo encontrar un amor fresco, despreocupado, feliz, capaz de romper los tiempos, de revertir lo imposible? Llamar jardín a esta tierra arrinconada, aburrida de maleza, suelo áspero, detritus y arácnidos, asco de descampado sin control, olor a alcohol barato y salvaje origen de vida, podredumbre sin matices, verde de fango, de agua enmohecida, hormigas andando hacia la mano.

12

El sendero del agua cada vez más seco, más lleno de plantas y basura. Bolsas de plástico a través de las que escuchar el ritmo de su voz. El gorgoteo del agua que mana a tientas, la voz de la Cantamora entre las ranas. ¿Cómo enamorarme de este jardín? Cómo enamorarme de la voz que temo, la voz que me arrastra al fondo del pozo, que me ahoga en un olvido, en la cuneta del progreso. Los túneles del manantial sirvieron de escondite para la represión de la guerra. Ahora están casi secos y nadie se quiere ocultar. No se si vengo al pueblo o huyo de la ciudad. Escapo de la velocidad o caigo en la trampa de la lentitud, de la espera, del seguro que mañana es diferente, que todo o algo cambia, que mañana es realmente mañana y no una habitación con santos mirándome desde paredes de cal, de pasillos fríos con muebles oscuros. Crucifijos a cada paso, penas del fracaso, del ellos sí y tu no.

Al fondo del patio una puerta de metal, detrás la noche bajo tierra. Escondarse, sumirse, dejarse atrapar y negar. La tentación del subterráneo. Un desierto en forma de túnel, nubes de mosquitos, aire inmóvil. Los limones entre la tierra del jardín, blancos y blandos. El calor del sol eleva su olor y agita a los insectos. Limones grandes como cabezas. Rostros

deformados a la sombra de las ramas, atravesados por patitas rígidas. La posibilidad del túnel acecha, un gran ojo en la pared de roca. Lo observo desde la tumbona de plástico de un azul desvaído por el sol. Apenas unos metros, pero el calor se puede ver elevándose desde la tierra apelmazada y me tira sobre la espalda. Me rodea un charco de sudor, salado hasta dejar de ser potable. Pantanos calizos, pozos hediondos, ácidos, pilas enterradas, polímeros sobresaliendo del barro.

Quiero ver un jardín en lo que solo puedo mirar como desierto. Surcos de fantasma en el huerto. Por la noche, desde la ventana de este cuarto veo cómo la luna ilumina las grandes hojas de la higuera. Peluches de felpa áspera se apoyan en el cabecero de la cama. Bajo las hojas se mueve algo, una forma ofidea entre las raíces. La foto de la comunión cruzada por las rayitas frías de la persiana. El reptil mira hacia la ventana sin parar de moverse. La pared del cuarto de un naranja congelado, ventilador encendido y armario con gruesas mantas para el invierno. La culebra se hunde detrás de un montón de hojarasca, regresa a un mundo de espectros. Una tierra blanca como la luna, como los huesos, como el moho sobre los limones del huerto.

13

La almohada húmeda al despertar. Un café a la sombra del patio. Radio y perro al otro lado de la tapia. ¿Cómo enamorarme de este jardín? Un jardín sin briznas, un jardín de chicharras y motores intermitentes. La cabeza me duele. Mucho calor, mucho ruido. Gasolina pura inyectada en el subsuelo, siestas febriles, filas de insectos avanzando por las ramas del granado hasta mis fosas nasales. Abrirse a la sequía que viene. Abrazar todas estas criaturas que me aterran. Vuelvo a escuchar el eco de la Cantamora. No entiendo ni una palabra de lo que me dice. ¿Cómo enamorarme de este suelo donde no encuentro un reflejo? El polvo se traga cualquier charco pulido, cualquier imagen. Por la tierra solo se mueve la sombra de las hojas: sombras duras, perfiles como cuchillos que me cruzan los párpados. La sombra de la serpiente se esconde en cada hormiguero. El sudor se seca al instante dejando un cerco de sal.

0,55€ la garrafa de 5 litros de agua del DIA. Alberca con zapateros. Aparto un escarabajillo amarronado de la toalla. Los nidos de las golondrinas están protegidos, pero la familia china de la calle de abajo no debía saberlo

y ayer por la tarde la policía apareció cuando estaban arrancándolos de su fachada. Dicen que les caerá una buena multa. Paseando por la huerta morisca se distingue lejos el pico de la iglesia y coronando en llamas un nido de cigüeñas vacío. El primer fantasma de nuestro jardín son los insectos. Sin flores y humedades mueren, y las aves se quedan sin comida. Olivos diminutos, apretados y enganchados a tubos de goteo como animales terminales. Es difícil ver lo que no está, echar de menos algo que nunca he tolerado y que descubro que necesito con urgencia, que es parte de mi, o mucho más terrible: yo soy solo una parte suya. Una ausencia diminuta que entra en la piel, una astilla que me recuerda esa parcela de mi cuerpo que tenía olvidada. Agarro un vaso de agua y la noto pinchando entre los dedos.

¿Cómo enamorarse de este jardín? Lo llaman fuente de empleo, nicho de mercado, atractivo de inversores. Parece más bien un altar desesperado. Procesiones a una virgen numérica que pasa por encima de la maleza que devora la huerta, cruza sin tocarla, sin dejar huella, ni sombra apenas. Al Peñón de la Mora ella huyó con un hijo en cada mano y un tercero en el vientre. Dio a luz a solas, detrás de una encina. Nunca volvieron a ver a la criatura, no quiere acercarse al pueblo. Por supuesto entonces no se llamaba así, “Peñón de la Mora” es como se llamó desde entonces. Antes no tenía ningún nombre. Ninguna boca que lo nombrase podía ser escuchada. Las lenguas cercenadas no hablan, solo se deslizan por el suelo, buscando un refugio entre las piedras y los matojos. Lenguas de escamas recogiendo calor del sol, afilando sus colmillos, esperando el instante preciso.

Alrededor de la luz del farol un cerco de salamanquesas. Están ciegas. Las sillas de plástico tienen el tacto de años de sol y lluvia, como pelusilla en los reposabrazos, microplásticos frondosos en los que hundir los dedos. Mientras comparto un litro helado con mi prima pienso en la cabeza de moscas. Una cabeza ciega con la boca vacía. La lengua de las salamanquesas es blanda y húmeda, los mosquitos crujen tenuemente. Sus ojos blancos como las nuevas farolas led. La cabeza de moscas se escucha antes de verse. Está en la linde del pueblo donde empieza la sierra, junto a un colchón arrumbado con manchas de humedad. A veces parece que nadie la ve, otras una señora se acerca a ponerle un platito con comida de gatos. Paso por delante camino a la huerta morisca y nunca tengo claro si ríe o grita. Las moscas no dejan apreciar sus

rasgos, la deforman toscamente, una talla en piedra de hace cinco siglos. Mi prima me cuenta la visita al hospital con su padre, el programa de conciertos de la feria que ya es la semana que viene, la piscina arreglada y abierta en su patio, el corte de agua por las obras de la calle de arriba y el bar que han reabierto después de que se jubilase el último dueño. La salamanquesa ha desaparecido. Me imagino sus ojitos como dos diminutas canicas de cuarzo rodando cuesta abajo, saltando por el empedrado. Dos óvulos bajando hasta quedarse parados bajo un coche aparcado.

Después de la cerveza subimos a la Fuente de los Moros. El grito de las ranas resonando en todo el valle. La mucosa les da un aspecto plateado bajo la luna. Un fantasma troceado en un millar de pedacitos croando. Un fantasma que se desparrama desde las chumberas, el laurel y los arbustos de orégano y retama. La sombra bajo los árboles es blanda, tierna, lodo temblando. Hay otro espectro que me persigue, lo veo en la mirada de mi prima, también esperándome a que vuelva a casa sentado en el sofá desfondado, en el brillo de la pantalla cuando despierto y paso horas sin levantarme de la cama. ¿Cómo enamorarme de este jardín? Las ranas parecen responderme, pero sigo sin entender lo que dicen: hablan desde otro tiempo, sumergiéndose en una charca congelada. Quiero ser una más, desaparecer entre las grietas bajo el agua, camuflarme con los colores primigenios de las algas. Tiemblo sintiendo que mi cuerpo aún está muy lejos, atravesado por la ansiedad, por el pago del alquiler de una habitación en un piso compartido con otras tres personas, por las horas de trabajo gratuito, por el asiento del metro mientras trato de no hacer contacto visual con el hombre negro que pide una ayuda con un acento que arrastra como una tonelada de chatarra atada al cuello. Un cuerpo que ha quedado tumbado en una cama sin sábanas. Una habitación con un armario vacío, una mesilla de noche con una lamparita desconectada, una tabla sobre dos caballetes haciendo de mesa, una botella de cristal con algo de agua y un poto sobreviviendo, un gancho en la pared del que cuelga una percha de plástico y una ventana a un patio interior donde se pueden ver las huellas de dos macetas. Las paredes blancas, con la marca de sol de un póster que estuvo colgado un par de años y los agujeros de unas chinchetas que sujetaban postales y recortes. La piel seca y escamosa de mi cuerpo sobre ese colchón desnudo de 90 cm. Dejé la ventana entornada y

el viento y los ruidos de la calle hacen que la barbilla tiemble. Algún trozo se ha rasgado y se desliza por el suelo, unos dedos de pergamino. Con la caída del sol la habitación se oscurece, muy despacio, el blanco de la pared deshaciéndose, cada vez más pequeña. Queda solo como un hueco en la memoria, un punto difuminado en la periferia.

## 2

Encima del televisor, en un mueble oscuro y pesado, está la pequeña biblioteca de mi abuela. Un estante con una enciclopedia que nadie debe haber abierto en un par de décadas, y, entre una novela de Isabel Allende y un best seller histórico, una edición de la oficina de turismo. La cubierta está doblada, portada plastificada y letra grande, para poder leer sin gafas. Las páginas son duras, extremadamente blancas y brillantes. Flora de la Sierra Grande, historia de las iglesias, del Convento de San Ildefonso, gentilicio y excursiones recomendadas. La historia del pueblo comienza en 1610, cuando se decreta la expulsión definitiva de los moriscos. Antes de eso solo están las ruinas de la alcazaba que se ven desde el patio. Un tiempo pantanoso, difícil de ubicar, donde la construcción del castillo se entremezcla con su derrumbe. Un tiempo de capas geológicas y la breve vida de una mosca. Una de las excursiones sigue Los Escalones en el valle tras la alcazaba, la vieja senda por donde los musulmanes cruzaban la Sierra Grande hacia las minas de plata de la zona umbría, comunicando con las dehesas de la Serena y más allá con Toledo. Mis dedos acarician la pequeña cruz de mi abuela, quitarle el polvo recorriendo con mis dedos el trazo de un caracol. El norte de la sierra se dibuja sobre la madera oscura y lacada con un par de movimientos: un lugar fresco y lejano, las selvas de una tierra de especias y ritmos exóticos. Es difícil hacer convivir el imaginario de las vetas de plata y el sonido del aire acondicionado que me mantiene con vida estos días de verano.

La piscina de mi prima es, como casi todas aquí, una vieja alberca reformada. El cloro está fuerte, los ojos escuecen, pero una de las esquinas está en sombra bajo la parra y nos pasamos la tarde escuchando las chicharras. Me habla de su abuelo. Solía sentarse en la mesa de la ventana del Hogar del Pensionista. Trabajó durante 24 años en Bilbao, en la fábrica que Explosivos Riotinto tenía en Galdácano, en lo alto de la ría. En la historia de Hornachos ha habido dos momentos en los que las casas parecía que

resonaban a hueco por la despoblación. La primera fue con la expulsión, solo quedaron unos 200 cristianos que fueron incapaces de mantener todas las huertas productivas; el pueblo quebró y las cañadas se llenaron por primera vez de maleza. La segunda fueron las décadas de los 60 y los 70, cuando la migración hacia las zonas industriales redujo la población a la mitad. Orozco, el abuelo de mi prima, fue uno de los cuerpos que subieron hacia el norte; allí fabricaba los explosivos que se utilizaban para limar las sierras del sur. Desde su mesa en el Hogar del Pensionista jugaba al dominó mientras se acordaba de Bilbao. El clima frío y húmedo, las fiestas en primavera, los huertecitos que cuidaban en los bancales pegados al tren... Allí conoció a la abuela de mi prima, otra extremeña que vivía en el barrio de Granada, cerca de las minas de La Arboleda. El nombre del barrio se lo daba un pequeño riachuelo que bajaba por la garganta, una corriente que ahora pasa bajo tierra, canalizada. Orozco recordaba las aguas bajando sucias por las excavaciones y los movimientos de tierra. La madrugada del 11 de octubre de 1964, se escuchó un enorme estruendo en el valle. La balsa de decantación de la mina de Orconera se había roto y una avalancha de lodo arrasó el barrio de Granada, anegando el antiguo molino, el lavadero, las oficinas de la minera Franco Belga y dejando varias víctimas humanas. La abuela de mi prima fue una de ellas, había madrugado para bajar al lavadero, donde el agua estaba fría como astillas. Todo quedó cubierto por el barro. Estaba embarazada y por eso la madre de mi prima nació directamente de la tierra. Orozco lo recordaba sin darle especial dramatismo, como si el accidente fuera parte de los ciclos naturales, como la sequía en verano o la condensación en nubes que precede a la lluvia. Terminaba la partida de dominó y se quedaba mirando por la ventana: “Ese de ahí enfrente es el Cerro de las Cruces, donde se instalaron las tropas cristianas cuando cercaron el pueblo”.

Cortando una sandía mi prima sigue relatándome el regreso de su abuelo a Hornachos, con casi 60 años y la espalda quemada del trabajo en la fábrica. Una hernia discal y el orgullo de haber mandado a su hija a la universidad. Muchas de las familias que fueron expulsadas de Hornachos en el s. XVII tuvieron que separarse de sus hijos: si su destino era tierra musulmana no podían viajar con los menores de 7 años. El pasaje a Marsella costaba 70 reales, a la Berbería 50. Poder permitirse esa diferencia de 20 reales

suponía no tener que despedirse de los menores. Hacemos cuentas de cuanto serían 20 reales ahora mientras chupábamos las rodajas de sandía, ¿unos 180€? Alineo las pepitas en fila, marcando un camino hacia el sur. Veinte pepitas negras entre el líquido rosáceo y dulce, bajo la mesa una fila de hormigas cruzando las grietas de las baldosas. Los dedos pegajosos de mi prima acarician el suelo, impregnándose de polvo y recordando el reflejo de las ranas nocturnas.

Mi madre nunca llegó a quitarse el olor del lodo y el fango de la ría de Bilbao, por eso yo solo rezo a la tierra, a los nitratos. ¿Sabes que el material con el que mi abuelo fabricaba los explosivos de la mina es el mismo que se utiliza para hacer fertilizantes? Pero no me gusta lo que le están haciendo al campo, el suelo está árido de tantos productos químicos y regadíos intensivos. Se te queman los labios al besarlos.

Echa la cabeza hacia atrás mirando directamente al sol. Las moscas revolotean sobre los platos. La piscina está fresca, la cabeza bajo el agua, las chicharras lejanas. Miro hacia arriba y veo el sol chocando contra el agua y creando un mapa en movimiento, una constelación de otro mundo, cuerpos entrelazando sus interiores de vida. Los brillos sobre el agua toman forma de regueros de sangre cruzándose, cadenas de ADN temblando incontrolables. Los menores de 7 años escapándose para jugar por las calles vacías en las noches de calor, siguiendo el trazo de las acequias cañada arriba, hasta la Fuente de los Moros para bañarse en la alberca. Las estrellas reflejadas en su superficie, explotando con el chapoteo, trazando rutas imposibles entre mares y tierras lejanas, más allá de la parte umbría de la Sierra, más distantes que el puerto de Sevilla y que los tribunales de la Inquisición de Llerena. Más lejos que el piso en el sur de la capital que acabo de dejar, del que todavía espero que me devuelvan la fianza.

Que te expulsen de una ciudad eléctrica. Torres de oro con las últimas luces del día. Un camino de piedra bajando hacia la estepa. Los tumbos del autobús no dejan dormir, trato de apoyar la cabeza contra el cristal que retumba. Los moriscos expulsados que navegaron hacia las costas marroquíes viajaron durante meses hasta llegar a Salé. Allí les consideraron forasteros, cristianos. Se quedaron en tierra de nadie,

odiados en su origen, traidores en su refugio. Hicieron de la venganza su rostro, corsarios surcando el mar para asaltar ciudades verdes, mares del Caribe, islas nórdicas, barcos de la marina española, inglesa, francesa, holandesa. La calavera y las dos tibias enterradas en el descampado de detrás de la iglesia. Olor a telarañas secas en la estación de autobús a medio camino de la expulsión. Trocitos de corteza de pan mojados en Coca-Cola. Un chicle pegado en el respaldo del asiento, seco como los huesos que sobresalen entre las malas hierbas. Bajarse del autobús para encontrarse frente a una muralla con el portón cerrado. Por las almenas se ven ojos tapados, juzgándose desde su ortodoxia: el acento castellano después de años viviendo en la metrópolis y el pelo sin cubrir. Las miradas desde las saeteras desnudándose para dejar la piel tostándose al sol, bandera desértica volando con la brisa marina.

### 3

La carne es proteína, el suelo es proteína. Por eso crecen las presas, las autovías, los edificios se levantan hermosos sobre un suelo enriquecido durante décadas, fertilizado para diez generaciones que puedan disfrutar de sus frutos: de los puentes que circunvalan a los parkings bajo tierra.

La voz del hombre me recuerda a la cabeza de moscas. Bajo su gorra tiene los ojos casi cerrados, conoce el camino solo con el sonido de sus pies. Me abre la cochera y le sigo por el huerto hasta una puerta metálica que no tiene más de metro y medio de altura. Busca la llave y sus dedos tostados abren el candado. Se aparta para que pueda ver el reguero de agua que baja de la profundidad de la montaña por el túnel de ladrillo. Me adentro mientras él se sienta a liarse un cigarro sin parar de hablar.

Las fábricas son enormes mataderos donde se construye la carne. Comida ritual.

Chupa el papel del cigarro y apenas distingo los detalles desde el interior del túnel, su silueta se recorta con la luz dorada del jardín.

Mi abuelo me contó cómo le arrojaron a la gran chimenea donde limpiaban el hierro antes de exportarlo. Parte de su cuerpo -dos dientes, varias vértebras, casi una pierna entera y algo de pelo- pudo escapar y

se filtró hacia el sur. Siguiendo los acuíferos regresó a su casa, aquí en Hornachos. Unos años más tarde, mi madre dejó también Pasajes y con el dinero que mi abuela y ella habían podido ahorrar compraron la huerta morisca. Una mañana de enero, recogiendo patatas, me contó mi abuelo su viaje desde las Peñas de Aia hasta la Sierra Grande, aquí en Hornachos.

Todo el pueblo está lleno de túneles como este. Es por donde cuentan que los moros envenenaron la fuente cuando estaban asediados en el castillo. Pero la fuente sigue viva, el agua fluye a pesar de los pozos que cada vez abren mas ahí arriba para llenar sus piscinas. Las grutas siguen frescas y el agua mana del Desbautizadero. Cuando era pequeño, en unos de estos túneles, cavados por los moros o por el agua, me encontré un hombre que también huía hacia el sur. Estaba ayudando a mi padre a limpiar el pósito, al final de la calle de los naranjos, lo que ahora es el Centro de Interpretación de la Cultura Morisca. Me lo encontré metido en una grieta de la pared, tratando de no respirar para que no le viéramos. Mi padre le llevó comida durante una semana, antes de que siguiera su camino. Cuando vi sus ojos mirándome sin pestañear desde la pared pegué un grito de susto. Pensé que era uno de los tisi, esos que nos decían que se escondían en las grutas del monte y te sacan la sangre. Mi padre me mandó callar con una hostia y me metió tanto miedo con su mirada que no volví a decir una palabra, no volví a hablar delante del hombre, pero tampoco le pregunté a mi padre ni le dije nada a nadie. Esto no se lo había contado a nadie hasta hace poco, después de que mi padre muriese.

Mi padre me obligaba a acompañarle. Mientras seguía limpiando el pósito, les escuchaba hablar en voz baja. Decía que se había escapado del campo de concentración de Castuera y que había llegado al pueblo a través de la Sierra. Contó cómo a algunos de los prisioneros les habían enviado a construir los canales en las afueras de Mérida, como los de la huerta morisca pero mucho más grandes, huertas enormes para mandar fruta a Europa. Los otros prisioneros, los que se habían quedado, los empujaban a la mina.

El campo de Castuera está sobre una mina, de hierro también. La mina está vacía después de años explotándola. Las bocas eran agujeros que caían a un pozo seco, una cavidad de donde los sonidos volvían anchos. En esta

mina tiraron a muchos prisioneros. Los ataban de las manos uno detrás de otro, empujaban al primero y el peso arrastraba al resto hasta el fondo. Una vez, uno de los prisioneros se agarró con los dientes a la bota negra de uno de los fascistas y se lo llevó con él. Después de eso dejaron de tirarlos a la mina y creo que fue ahí cuando empezaron a mandarlos a trabajar al embalse. Ahora la boca de la mina está llena de basura, la han utilizado durante años como vertedero, pero por dentro sigue hueca.

El hombre que nos encontramos en el pósito debía haber escapado de Castuera a través del suelo cuando le empujaron al agujero, por los huecos de la mina. Se quedó escondido una semana, hasta que hubo recuperado las fuerzas y algo de cuerpo. Cuando le encontramos estaba en los huesos, cabía en las grietas de la pared. Le llevamos patatas de esta misma huerta. Una mañana bajábamos de vuelta a casa, mi padre me agarró del brazo y me llevó a la iglesia. Cuando entramos me dijo que mirase hacia arriba, no, hacia la cruz no, hacia la puerta. Ahí me fijé por primera vez que estaba, todavía sigue, un Santiago Comemoros de madera que colocaron los cristianos cuando obligaban a los moriscos a que se bautizasen aquí. Está ahí, justo encima al entrar, con la espada en alto cómo si la fuera a bajar en cuanto asomes la cabeza. Me dijo que esa figura era quien había enseñado a comer la carne de los muertos tras las guerras del sur, las del desierto. Me dijo que, durante la Conquista, la costumbre de comerse la carne de Cristo había hecho normal devorar a los infieles para alcanzar la pureza de corazón y el perdón por las atrocidades hechas durante el viaje. Que los moros que habían huido de aquí siglos atrás -yo soy descendiente de ellos, te puedo llevar luego a la tumba de mi bisabuelo, en el cementerio viejo- no estaban a salvo en el norte de África donde se habían refugiado, que es ahí donde los nacionales habían vuelto a probar su carne cuando buscaban hierro. Me dijo que comían la tierra, los cuerpos y las historias. Que Santiago come moros, come indios, come rojos, come tierra, come hierro, come óxido, come asfalto y come cemento.

4

¿Cuántos surcos de agua hacen falta para horadar una cabeza de piedra? Una cabeza enterrada en el suelo, asomando los ojos vigilantes, dura de mampostería, sobre la que se ha erigido un pueblo, una alta torre

de campanario y tentáculos de autovías. El agua mana inquieta, lenta e inconsistente: surcos blancos de cal, verdín de alga y suavidad de canto cavando despacio. Apenas arrugas de edad en la frente, grietas en las cejas camino a la mirada.

Sumergir el rostro. Un rastro fresco bajando desde la nuca. La cabeza a los pies de la talla de Santiago sonríe. Gotas de aceite perfumado sobre la superficie tensa el agua en una pequeña tacita. Versos susurrados mientras nos echamos agua en la nuca con las manos. En el lateral de la iglesia se distingue la puerta por donde los moriscos recién bautizados salían, hacia el este; la han tapiado, pero su perfil se puede distinguir perfectamente. Cuerpos bajo tierra mirando de frente a Oriente. Cuerpos bajo tierra sonrientes. Alborozo en la fuente, música sefardí con amplificadores, pétalos flotando. La fiesta de San Juan nos reúne alrededor del pilar, en las afueras del pueblo, tras el convento. Reírse bajo el agua haciendo saltar el calor. Termina el concierto y nos acercamos a la barra a por otras dos cervezas. Los vasos transparentes dejan ver la rama de romero que flota en su interior y en la espuma el destello de la luna.

Saltamos el muro de piedra siguiendo el rastro de leche. Una vasija llena de aceite, el olor de la oliva subiendo como un tronco de vid. Los ladridos nos acompañan mientras corremos por la huerta buscando el eco de la Sierra. La nuca sigue húmeda y se endulza con el sudor. Mordemos la piel frondosa de los limones directamente de los árboles. Una ventana iluminada, un cuadradito amarillo en la noche. Bailamos el jardín y se termina la cerveza. Seguimos subiendo el monte mientras la música de la feria resuena abajo, junto a los muros del convento.

Una pareja de cigüeñas negras sobre la frente pétrea. El coro de chicharras, gruñidos, ranas croando y gotas contra el estanque bajo tierra baja por el valle como una bruma seca. Voces terrosas que chocan con los motores del pueblo. Sonidos subterráneos: petróleo transformado en aceleración cavando profundo y constante. No me quito el olor de los arbustos de lavanda que rodean la gasolinera. Las cigüeñas escapan cuando nos perciben. Son pequeñas, cuerpos oscuros con el pico rojo. Su mirada se me clava en la mano y sangra dentro del vaso de plástico vacío. Nuestras

cabezas alzan el vuelo hacia la luna siguiendo el viaje dirección al sur de las cigüeñas. Hace años que el calor hace que no emigren y ahora viven escondidas entre la orilla del pantano y los basureros detrás de la Sierra.

Nos sentamos en el suelo de la terraza alrededor de la tacita con agua y mi prima deja caer unas gotas de aceite. Mi cabeza sigue ahí arriba y no distingo las palabras que pronuncia para romper el hechizo de la luna. El ritmo machacón de la música me hace reír mientras su casa se llena de gente y abrimos más cervezas. Tengo los hombros quemados y el sabor del jardín en la boca. Alguien que acabo de conocer me habla de las hermanas de leche: les niñas que mamaban de pechos moros o cristianos cuando las madres no tenían suficiente y se ayudaban alrededor del lavadero. El recuerdo de mi abuela contándome esta historia me cruza como un rayo, pero en su boca era diferente: las moras viviendo en la alcazaba estaban secas, así que bajaban con escolta hasta la fuente donde las cristianas estaban forzadas a amamantar. Ella lo contaba en primera persona, se acordaba perfectamente de estar jugando en el borde del agua y ver a su madre dándole el pecho a otra criatura mientras una presencia oscura miraba con miedo y ternura. El suelo de la terraza se impregna de blanco. Me abrazo el cuerpo pensando en los pechos violados por relatos, los fluidos siempre bajando desde la sierra, nunca el camino inverso. Un embalse de leche casi seco donde las cigüeñas buscan algo que pescar caminando por la orilla, debajo, muy por debajo del muro de hormigón. Brota sangre de mis pechos picoteados, enrojecidos por el sol de la alberca.

Nos hundimos en el sofá del salón mientras la fiesta sigue en la terraza. Las luces apagadas y los cuerpos entrelazados. Mi prima me pasa una esquirra de pastilla. La sujeto en la lengua sonriendo. La espalda caliente, empapada, pegajosa, enrevesada con el poliéster, curvándose como el reptil que ha seguido todos mis pasos desde que me bajé del autobús. Gozo la noche fresca soplando desde la Sierra. Siento las gotas de sudor bajando desde mi cuello y atravesando el suelo por pequeñas rendijas, cruzando un techo negro, haciendo brillar la piedra y cruzando las calles adoquinadas, penetrando el suelo hasta llegar a venas profundas que esperan expectantes. Mi cuerpo es la montaña, una montaña salada que se esfuerza en ser generosa y de la que lamen mil culebras.

La piel se me dobla florida sobre el suelo de la terraza. Un dedo dibuja un amplio círculo. Por aquí se rompía el suelo cada año, las planchas de pizarra se hundían con el latido de la tierra y se veía uno de los túneles que bajan del castillo. En otras casas lo que se hundía era la lumbré, el fuego crecía con el viento que sopla desde el subsuelo hasta hacer una garganta. Espalda tostada que se camufla con las planchas del suelo, gigantescas escamas de la montaña respirando. El agujero gira en espiral y de él se alzan miles de criaturas sin nombre. La voz de la Cantamora anima la fiesta de todos estos seres huérfanos. Suben sus alas chisporroteantes, sus movimientos anfibios, garras blancas de cal y cuarzo, intactas por el sol, labios reptando susurrando nombres desconocidos. Caen páginas de las paredes, un manuscrito con bellísimos dibujos geométricos donde se explica pormenorizadamente las vetas de la montaña, los surcos de plata, acupuntura de pozos. Los túneles se abren como un libro, recogen la luz de la luna y las estrellas.

El jardín danza en la terraza hasta que un brillo verde por encima de la Sierra hace clarear el cielo. Bajamos a la calle como una comunidad escondida, felices, hermandad de leche nocturna. Nos dirigimos hacia las afueras del pueblo, cruzando la ermita de San Isidro, el mismo camino que hacían les converses después del bautismo forzado. Una senda baja una ladera por la que tropezamos y reímos. Miro los brillos del sol en los riscos, destellos sólidos que me hacen respirar por todo el cuerpo, hincharme de luz. Trotamos entre las peñas con una agilidad que me sorprende, hasta llegar a la parte más alta: una gran roca partida al medio como una mano abierta. Desde aquí se divisa toda la campiña de Tierra de Barros, la tierra roja con la primera luz parece pura carne. Hacia el sur, el horizonte está brumoso y tostado de arena. Se forman nubes y las sombras se suavizan. Bebo agua de una botella para hidratarme la lengua. Mi prima baja hacia la apertura de la roca, unos escalones naturales permiten llegar hasta el agua, un estanque amarronado.

¿Cómo enamorarme de este jardín? El Desbautizadero era un lugar sagrado, donde resistirse a la violencia de la evangelización. Los pies de mi prima se manchan de barro en el último escalón. El olor del agua seca me hace vomitar. Apoyo mis manos en unos cardos mientras vacío mi estómago

contra la roca. Un amor doloroso, un amor vengativo y despechado. El sol crece tras las nubes que me hacen pensar en los colores de una fábrica. Juega con un palo sobre la superficie muerta del agua. Purines de los macromataderos de cerdos y latas oxidadas. Un desagüe de textura afilada, amarillo como la fachada de la Iglesia. La mano se refleja sobre la espuma. Un calor húmedo comienza a apretar. Siento náuseas al pensar en hundir la cabeza entre las rocas. Los peldaños de piedra bajan estrechándose hacia un mundo muerto, de cadáveres con la mandíbula paralizada. Las ranas agonizan tratando de restaurar el camino, de recuperar los terrenos que han ardido. Se escucha la acidificación del suelo, es un sonido eléctrico y grave que surge de repente y parece que nos ha acompañado siempre. Desde lo alto del Desbautizadero la huerta morisca se ve lejana, escondida entre las laderas de la Sierra. Me duele la cabeza. Me limpio la boca con el resto de agua que queda en la botella. El cuerpo de mi prima se sumerge hasta la cintura, desnudo, acariciando los laterales de piedra con las manos. Aquí les morisques se quitaban el crisma del bautismo, utilizaban el agua del manantial para quitarse el nombre y los santos óleos. La mirada en el horizonte hundiéndose en la nube de arena, en las ramas de los olivos, en los juncos del arroyo. Los ojos de mi prima me miran al borde del agua y su largo pelo se transforman en algas. Cuando sale me quito la camiseta para frotarle el cuerpo, limpiar las hojillas y las aguadas de barro que le bajan por las piernas.

Volvemos al pueblo por el arcén de la carretera. Solo nos cruzamos un par de coches, el sol calienta difuso a través de las nubes, hace subir la temperatura del suelo y de nuestras frentes. Las campanas de la iglesia suenan cuando subimos por la calle de las Peñas y el viento se acelera. Nos apoyamos contra una pared de cal mirando hacia el cielo, hacia una buganvilla inmensa. Cruzan el aire las sombras de las dos cigüeñas. Sigue nublado, tostado, oscuro. Comienza una tormenta cálida. En nuestro rostro se estrellan gotas grandes y pesadas, cambia el eco de la calle y el empedrado se oscurece. Seguimos con la cara hacia arriba, cerrando los ojos y dejando que el agua nos empape arrastrando todo.

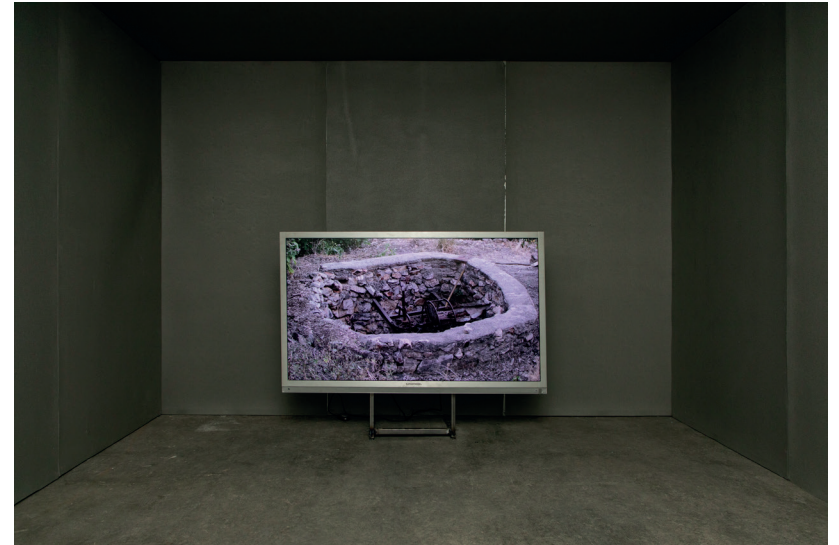


26



27





Vista general de l'exposició *¿Cómo puedo enamorarme de este jardín?*, (2022-2023)  
 Vista general de la exposición *¿Cómo puedo enamorarme de este jardín?*, (2022-2023)

# Es un cuerpo

Un projecte de / Un proyecto de Mercedes Pimiento

Textos: Blanca del Río

La pieza escultórica *Es un cuerpo* (2022) de Mercedes Pimiento toma como pretexto y contexto el trazado hidráulico de L'Hospitalet y los vestigios del Canal de la Infanta para reflexionar acerca de las infraestructuras que atraviesan la vida y conforman nuestro territorio.

## El canal de la Infanta

El canal de la Infanta es una infraestructura hidráulica construida para distribuir el agua procedente del río Llobregat en los campos agrícolas del lado izquierdo de su delta. Se inauguró en 1820, tres años después de que se iniciaran las obras de construcción, y fue el primer canal financiado por capital privado en Cataluña. Aunque concebido con fines agrícolas, terminó siendo fundamental para el desarrollo socioeconómico de la zona, ya que favoreció la industrialización gracias al aprovechamiento de la energía hidráulica producida por los saltos de agua de su recorrido.

En un principio esta infraestructura tenía su origen en Molins de Rei, pasaba por Sant Feliu de Llobregat, Santa Creu d'Olorda, Sant Joan Despí, Cornellà, L'Hospitalet de Llobregat y finalizaba en Montjuïc. Fue una gran obra de ingeniería para la época, que conseguía movilizar un caudal de hasta 4.700 litros por segundo y tenía un alcance de regadío de hasta 4.517 hectáreas.

Proyectado por Tomàs Soler i Ferrer, el canal de la Infanta ha sido fundamental para el desarrollo agrícola de L'Hospitalet y para su posterior transformación urbanística e industrial. Su puesta en marcha modificó esta comarca convirtiéndola en una zona muy prolífica y pujante en lo que a producción de frutas y hortalizas se refiere, lográndose gracias a ello la construcción de una línea ferroviaria en 1855 que conectaba Molins de Rei con Barcelona para la movilización de dichas mercancías. El buen funcionamiento de este sistema hidráulico sumado al impulso de las comunicaciones configuraron el Baix Llobregat como un espacio de producción agrícola a escala europea durante el primer tercio del siglo xx.

Paralelamente al rendimiento agrícola, se fueron sumando cada vez más industrias que aprovechaban la energía de los saltos de agua. En un principio se instalaron aquellas que tenían relación con la agricultura, como molinos harineros o aserraderos, después llegaron otras, como fábricas textiles o papeleras. Este dinamismo económico produjo un efecto llamada de mano de obra que trajo consigo una explosión demográfica sin precedentes. Y esto derivó a su vez en una rápida y desordenada urbanización de la zona: el exitoso equilibrio que se había mantenido entre la cantidad de población y la actividad agrícola e industrial se resquebrajaba hasta convertirse ya en insostenible a partir de mediados del siglo xx.

La escasa planificación urbanística causada por estas precipitadas y excesivas oleadas de migración a la zona hizo que el canal de la Infanta quedara incorporado —incrustado más bien— en el espacio urbano. En 1968, cuando ya no podía aprovecharse su caudal para regadío ni para el uso potable debido a los continuos vertidos de aguas residuales de la industria, el canal acabó estancado. Así se convirtió en una cloaca a cielo abierto que generaba muchísimos problemas de salubridad, agravados por su colindancia con la población.

Las actuaciones llevadas a cabo por las administraciones públicas para buscar soluciones brillaron por su ausencia, lo que desencadenó una movilización vecinal para demandar que el canal fuera soterrado. Y fue entonces que se llevó a cabo su ocultamiento con cemento, aunque no en su totalidad; todavía hoy es posible hallar fragmentos totalmente en desuso del canal diseminados por la zona.

En la actualidad, aunque solo funciona una sección entre Molins de Rei y Cornellà y regando las tierras de Cal Trabal en L'Hospitalet, esta infraestructura ha generado un movimiento que va más allá del de su área de influencia y su caudal. La plataforma vecinal Protegim el Canal de la Infanta, que está intentando conservar los restos materiales de dicha instalación y también recuperar su historia, comenzó a funcionar en 2011. A través de la investigación y de su divulgación en artículos, conferencias y publicaciones, se mantiene viva la huella que esta construcción imprimió tanto en la población como en la articulación de la actividad económica y social de la zona. La plataforma también organiza paseos por los restos todavía hoy visibles del canal, pero también por aquellos que fueron soterrados.



## Text curatorial / Texto curatorial

*Es un cuerpo.* Un cuerpo deseante que se alimenta de manera implacable, que devora lo que encuentra a su alrededor, que no pide permiso y mastica con fuerza:

«¡haaam, haaam, haaam!».

Lo traga, lo transforma y lo arroja de nuevo pero con otra forma. Lo moldea según sus necesidades, apropiándose ferozmente de lo que ya existe.

Este cuerpo camina con lentitud y, a su paso, va envolviendo lo que le sostiene. Ha llegado a atrapar lo que le hacía funcionar hasta hacerlo desaparecer. La espesura de su materia plateada lo ha transformado en invisible y ha anulado lo que constituía su propio ser: lo que le otorgó forma, lo que le dio sus contornos y definió su alcance. Es un cuerpo que, al igual que las ciudades, está plagado de conexiones, de circuitos por los que se mueven el agua, el gas y los datos. Y también la mierda. Es un cuerpo que ha suprimido toda su red tentacular del campo de lo visible y que se ha rendido al registro de lo oculto, pero que no ha podido controlar lo que va más allá de su materialidad y de lo que le hace estar vivo, su hediondez.

Gozne entre dos tiempos, es materia del trabajo de campo: de la azada, del rastrillo y del cubo; del polvo en los ojos, del cuerpo inclinado y del sol en la espalda. Pero también del trabajo en la fábrica, de la siderurgia que produce tuberías de hierro fundido, de acero, de latón o de plomo.

Es un cuerpo que tiene vida aunque el cemento lo haya sepultado. En él se ha abierto paso la vegetación; higueras y campanillas trepadoras. Gracias a los restos de agua que este cuerpo ha conservado en su interior, han crecido plantas oportunistas, ruderales y de pequeño tamaño. También en sus márgenes han proliferado las cañas de cuerpo hueco y los tallos subterráneos cuyos entrelazamientos se denominan «rizomas» y que, tal como su nombre indica, conforman una arquitectura interior incontrolable, expansiva y desafiante.

Este cuerpo es una masa informe, sin cabeza ni cola. Es un cuerpo en el que no se sabe con certeza cuál es el principio y su final. Que, como la historia misma, no tiene un origen, sino que aparece y desaparece, y puede comenzar y terminar en idéntico lugar. Es un cuerpo plagado de resurgimientos y de diversos nacimientos.

Es un cuerpo que en realidad es una imagen. Nace de la ausencia de otro cuerpo, de una materialidad ya perecida. De una que es capaz de ampliar el campo fenoménico de aquello que fue.

Mercedes Pimiento ha hecho un cuerpo a partir de una diseminación. Ha construido una amalgama repleta de cuestionamientos que la atraviesan. *Es un cuerpo* reflexiona acerca de las infraestructuras que articulan nuestra vida y de cómo las percibimos; de cómo estas penetran en espacialidades para alterarlas y transformarlas y, también, de cómo participan en la conformación urbana y material de un territorio determinando desde la economía hasta sus costumbres. Pero *Es un cuerpo* reflexiona también sobre el espectro de una materialidad existente como fue el canal de la Infanta que, aunque ya en desuso, continúa generando historias, deseos y relatos.







## **EXPOSICIÓ / EXPOSICIÓN**

A cura de / Comisariado por  
Blanca del Río i Jose Iglesias García-Arenal

Artistes / Artistas  
Andrés García Vidal i Mercedes Pimiento

Assistència Tècnica / Asistencia Técnica  
TMTMTM

## **PUBLICACIÓ / PUBLICACIÓN**

Textos / Textos  
Blanca del Río i Jose Iglesias García-Arenal

Fotografia / Fotografía  
Andrés García Vidal  
Mercedes Pimiento  
Arnau Blanch

Disseny / Diseño  
Paco Chanivet

Tipografia / Tipografía  
Neue Machina - Regular

Impressió / Impresión  
Tecnoart

IBSN: 978-84-09-47814-9

Aquesta exposició ha format part de la  
programació de LOOP Festival 2022.

Esta exposición ha formado parte de la  
programación de LOOP Festival 2022.

Agraïments / Agradecimientos a Can  
Felipa Arts Visuals, al Centre d'estudis  
de L'Hospitalet, al Projecte d'Investigació  
IN>TRA2 de la Universitat de Barcelona,  
a Manuel Domínguez, Lara Fluxà, Teresa  
Garnatje, Basilio Moreno, Germán  
Moreno, Fernando Romero, Joan Vallès.

Amb el suport de / Con el apoyo de:

**districte  
cultural**



Ajuntament de L'Hospitalet

**FASE**

maL